

dición Viera y Clavijo. Actualmente prepara un traslado docente a EE. UU., y entre tanto aguarda la próxima lectura de su tesis doctoral, "La novela de Jesús Fernández-Santos", en la que hace un desglose y balance del realismo social en España y sus diferentes caminos de evolución. ■ **LUIS LEON BARRETO.**

DISCOS

Entre lo rústico y lo sintético

En marzo de 1965, dos guitarristas coincidían en el seno de los legendarios Yardbirds. Eric Clapton abandonaba el grupo y su sustituto era un muchacho llamado Jeff Beck. Ambos representaban formas contrapuestas de entender el rock: Clapton era el músico purista, el hombre serio totalmente dedicado a su superación artística; por el contrario, Beck era un guitarrista veleidoso que no tenía inconveniente en aportar su brillantez salvaje a dudosas cancioncillas pop. Casi doce años más tarde, los papeles se han trastocado. Sorprendentemente, Beck es ahora el músico cerebral, el virtuoso indiscutible de la guitarra eléctrica, mientras que Eric ha perdido el entusiasmo por la técnica y se dedica fervorosamente a la construcción de canciones sencillas. Algunos lo explicarían como un proceso de metempsicosis prematura, pero es algo menos esotérico: en el cargado y difícil mundo del rock, los hombres más inquietos tienen trayectorias confusas y hasta contradictorias.

Supongo que Jeff Beck todavía se siente mortificado al recordar aquella escena de "Blow-Up", en que se dedicaba a destrozarse metódicamente una guitarra rebelde, siguiendo instrucciones de Antonioni. Desde entonces, su obsesión ha sido borrar el recuerdo de aquella imagen, hacer una música digna y ganarse el respeto de sus colegas, y especialmente de los instrumentistas negros que tanto admira. Finalmente, Beck ha



Jeff Beck.

conseguido su propósito con LPs como "Wired" (CBS EPC 81578) rebosantes de un jazz-rock maduro y excitante.

Cabe imaginarse que Beck vio la luz tras escuchar la Mahavishnu Orchestra de John McLaughlin; de hecho, sus principales colaboradores en este LP —el teclista Jan Hammer y el baterista-compositor Narada Michael Walden— tocaron junto a McLaughlin y algunos de los imitados esquemas de la M. O. aparecen aquí vivos y coleando. Pero hay una gran diferencia: aunque Beck no evite totalmente esa esterilidad rítmica que embota el 99 por 100 de los discos de jazz-rock, su guitarra no ha trocado expresividad por velocidad. Incluso su trabajo en las piezas más líricas es extraordinario. Especialmente sustanciosa es su emocionante interpretación del famoso "Goodbye Pork Pie Hat": con impecable finura, Beck desgana la melodía de Charles Mingus intercalando unos cuantos añadidos irreverentes. Así, pues, el viejo Jeff continúa aceptando todo tipo de riesgos. Su imprevisibilidad, su inagotable curiosidad musical convierte a cada uno de sus discos en acontecimientos guitarrísticos. Y es que el antiguo "enfant terrible" se ha metamorfoseado en maestro de toda una generación de músicos.

Por su parte, Eric Clapton no lamenta haber abdicado de su título de Supremo Guitarrista del Rock, que estuvo a punto de asfixiarle al exigirle cotidianamente proezas sobrehumanas. Ahora, Clapton prefiere ser considerado como un "bandleader", líder de grupo; ha renunciado al puesto de guitarra solista y toda la adoración que ello conlleva. En su último LP, "No reason to cry" (Polydor 23 94 172) aparecen no menos de seis guitarristas invitados y Clapton ni siquiera toca en muchos cortes. Para algunos de sus seguidores nostálgicos, eso debe ser la máxima blasfemia. Sin embargo, son los resultados los que cuentan, y "No reason to cry" es una colección de canciones sobrias, elegantes y profundamente americanas. Para Clapton, el momento crucial fue la escucha del primer disco de The Band y en este LP por fin consigue integrar aquellas características que tanto le impresionaron —economía, poder de evocación, tradición— dentro de su música. Claro que fue grabado en los estudios de la Banda con la colaboración de las cuatro quintas partes del gran grupo canadiense.

A pesar de la profusión de amigos, mercenarios e invitados, Clapton controla el disco con total naturalidad. Son diez

canciones sin desperdicio que van desde el gospel al blues, diez temas hermosos donde el inglés demuestra modestamente sus habilidades como vocalista, compositor, arreglador, músico y coordinador. Indudablemente, "No reason to cry" es una de las obras más sólidas y satisfactorias de 1976. Como sorpresa cabe destacar el "Sign language" de Dylan, donde Eric y el compositor cantan a dúo, dejando luego espacio para que Robbie Robertson desarrolle uno de sus inimitables solos; es una canción que no estaría fuera de lugar en "Las cintas del sótano" y no creo exagerar al decir que vale más que todo el último disco en directo dylaniano.

Música sintética y música rústica. Rock de hoy mirando hacia el futuro y hacia el pasado. Jeff Beck y Eric Clapton todavía en la brecha. ■ **DIEGO A. MANRIQUE.**

Disfrutar con la música

La pertinaz obsesión sociologista que desde hace ya demasiado tiempo domina la crítica de arte, y que cifra toda la validez de éste en sus conexiones con el marco sociocultural en que surge, es la causante, en música, del común error de confundir la música de nuestro tiempo con la música que se hace en nuestro tiempo. Argumento que, retrospectivamente, lleva a considerar que la música hecha en tiempos pasados sólo tiene importancia por su valor documental, en cuanto reflejo de esos tiempos pasados.

Uno teme que esa obsesión vaya creciendo todavía más hasta invadir terrenos artísticos aún no propicios a tanta especulación y, así, dentro de unos años podamos escuchar a cualquier crítico de gastronomía sostener sin temor al ridículo que por lo que hay que comer gazpacho es porque da testimonio de la realidad sociopolítica de Andalucía. Con esto no quiero decir que el gazpacho no dé ese tipo de testimonio, y aun otros varios, sino que lo verdaderamente importante del gazpacho es que uno disfruta comiéndoselo. Y que me parecería lamentable que se marginara ese disfrute como hoy me parece mal que se margine el que nos proporciona